

Siguiendo a Elizabeth con fiebre

Sinceridad y talento literario se unen en 'Los pícaros y los canallas van al cielo'



Hay lecturas de las que no se sale indemne. Son las de los libros cuyos autores escribieron con algo más que su raciocinio, su imaginación y su pasión. Los que escribieron con todo el cuerpo y consiguieron que sus obras destilaran sangre. Su sangre. Es el caso de Elizabeth Smart (Ottawa, Canadá, 1913-Londres, 1978), escritora de muy poca obra y agitada biografía (inseparables) a la que durante años cubrió el silencio editorial en nuestro país. Periférica vino a destapar el velo que la ocultaba y recuperó para quienes ya tenían noticias de ella (y la admiraban) y para descubrimiento de la mayoría su novela más famosa y deslumbrante, 'En Gran Central Station me senté y lloré', de la que publicamos puntual reseña en

estas páginas. Con casi un año de distancia, la misma editorial ofrece 'Los pícaros y los canallas van al cielo', que Smart escribió treinta años después de la primera. Si en 'Gran Central...' narra su historia de amor, pasional hasta el delirio, con el poeta estadounidense George Barker, (del que se enamoró antes de conocerle, al que logró encontrar y con el que tuvo varios hijos y una relación que terminó con su muerte a pesar de que él nunca se separó de su primera mujer y de que tuvo otros hijos de otras relaciones) en esta segunda cuenta los penosos años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en la que, una vez de regreso a Inglaterra, donde había estudiado y trabajado en su juventud, sola y sin recursos, lucha por sacar adelante a la prole.

Más que leerla, a Elizabeth Smart hay que seguirla. Dejarse llevar de la mano, contagiados por su estado febril. Hay que avanzar a saltos entre sus metáforas brillantes y las imágenes que



La escritora Elizabeth Smart.

nos obligan a detenernos unos segundos para recuperar el aliento.

«Las mezquinas caras enfadadas que vagan por los eriales de Kensington pasan como bolsas de papel abandonadas». Este es el arranque de 'Los pícaros y los ca-

nallas van al cielo', ¿se puede no seguir leyendo después de una frase así?

«Sobre esos escalones del edificio se sentaban los niños, esperando que pasaran cosas, y las ajadas cortinas se extendían con tal familiaridad sobre los cansados gera-

nios que escuché como una niña preguntaba: 'Madre, ¿qué le ocurre a mi pecho? Me han salido dos bultos'», escribe más adelante.

Pocas veces se nos da la oportunidad de encontrar en un texto tanta sinceridad y al tiempo tanto talento lite-



'LOS PÍCAROS Y LOS...'

Autora: Elizabeth Smart. Editorial: Periférica. 155 páginas. 17,50 euros.

rario. "¿No puedes darte por satisfecha, satisfecha, con tanto dolor, tantos niños, tanto equilibrio? No. No. Hay un impulso manchado de sangre que obliga a dar un paso más", insiste como si en vez de una novela estuviera componiendo su autorretrato.

La prosa de Elizabeth Smart tiene la esencialidad de la poesía. Su fuerza radica en no pocas ocasiones en su áspera crudeza. Pero no es una crudeza gratuita. No hay adornos, ni barroquismo, ni retórica. No hay guiños, no se busca la empatía ni la complicidad del lector. Más que una escritura sus libros parecen dibujados a cuchillo sobre una madera que se resistiera a ser trabajada. Pero el resultado final fluye como agua sobre el abrupto terreno de los hechos y se diría que puede leerse tocando con los dedos, como si de braille se tratara.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Pedalear en la arena del desierto

■ V. M. NIÑO

Una bicicleta con tanto óxido como historia y una niña subsahariana, su dueña, son las protagonistas de este cuento que un abuelo, quien lo vivió en primera persona, narra a su nieto. Selva es el nombre de la compañera de infancia de Marcos, la que le descubre un mundo de peculiares tesoros: la vida de la bicicleta -cuya cestasonbrero ha portado medicinas en tiempo de guerra-, las estrellas, la arena del desierto, el color índigo. Curiosidad primero, magnetismo después y finalmente amistad, es lo que mueve a Marcos quien sella el vínculo con un solicitudo dibujo de la selva. En ausencia de pintura verde, el niño -favuista a la fuerza- traza animales, lianas y árboles en azules y morados. Los demás se negaron, él se sobre-



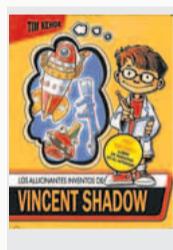
Marcos y Selva. ■ ANUSKA ALLEPUZ

puso a la contrariedad. Esa superación de las limitaciones materiales es una de las moralejas de Selva, la enseñanza de que el proceso hacia el fin es más ilustrativo que el logro en sí. El valor de los abuelos, de la transmisión de su experiencia, es otra de las vertientes del cuento de Mónica Rodríguez con el que ganó el Premio de Literatura Infantil de Málaga 2010. Un texto poético que ilumina Allepuz con unos sencillos y eficaces dibujos.



'LA BICICLETA DE SELVA'

Mónica Rodríguez. Ilustración de Anuska Allepuz. Anaya. 70 páginas. 10 euros. De 6 a 12 años.



'LOS ALUCINANTES INVENTOS DE VINCENT SHADOW'

Tim Kehoe. SM. 194 páginas. 12,95 euros. De 8 a 12 años.

Vincent es, como su creador, un inventor, un niño de once años que vive su nueva familia, -su padre viudo se casa de nuevo-, desde la rendija de su laboratorio. Ganar el concurso anual de inventos de juguetes es la meta, aunque la única que confía en su talento es su hermana Stella. Especialmente indicado para los menudos que gustan de desmontar cualquier aparato que tengan a mano, la historieta aborda también el mundo emocional de un niño que vive entre el recuerdo de su madre y los nuevos habitantes de su casa.

Stevenson, en los márgenes de sus libros



'FÁBULAS'

Robert Louis Stevenson. Traducción de Catalina Martínez. Breviarios de Rey Lear. 125 páginas. 10,95 euros

De cuando no se había acuñado el sello de microrrelato datan estas 'Fábulas', conceptistas en su mayoría, de Stevenson. Fábulas para todos los públicos, aunque sea el adulto el que más las saboree, que nacen en los márgenes de la escritura de las grandes aventuras del escocés. Silver y el capitán se escapan de la Isla del Tesoro para descansar de los papeles que el escritor les otorgó (metaliteratura tan identificada en los últimos lustros con la renovación de la novela) y disputarse el favor del autor. Stevenson, apodado en Samoa 'tutitala', el contador de historias, asaetea con flashes narrativos la falsa modestia del débil, la inutilidad de la filosofía en cuestiones de supervivencia, las cadenas de la superstición, el nihi-

lismo destructivo de los reformistas de su tiempo. Sarcástico e irónico, Stevenson lleva al quicio de la razón situaciones y personajes de sus libros y de su vida, despojándoles de la coherencia narrativa que exige la novela y dejándoles vagar por el retruécano, la paradoja y el surrealismo. La solución, la moraleja, la enseñanza, suele ser ambigua, o cuando menos abierta a la libre interpretación del lector. Escritura que tiene su encanto para los que gustan del esqueleto literario, de su mecano.